EL 2 DE OCTUBRE DE 1928 Y LA CRISIS DE LA CULTURA DE LA MODERNIDAD

TRABAJO Y PROGRESO

GONZALO REDONDO GÁLVEZ
Departamento de Historia. Universidad de Navarra (Pamplona)

Declaración de intenciones

Reconozco –y es posible que a más de uno no se le haya pasado inadvertido– que soy un poco –o un muchísimo– reacio a las charlas, conferencias o presentación de ponencias; y, en paralelo, a redactar e intentar la correspondiente publicación de artículos en revistas. No me van los Juegos Florales. Con respeto –no exento de admiración– por los que opinan y se comportan de forma distinta, declaro que ni unas ni otros me interesan lo más mínimo. Conforme al verso conocido de Eduardo Marquina, «España y yo somos así, señora».

Esta actitud –me parece– nada tiene que ver con la pereza, ni con la timidez. Sin detenernos en esta última, considero modestamente que trabajo bastante; sin descartar que, quizá, debiera trabajar más aún. La razón del rechazo expuesto se debe –desde mi perspectiva– a cuestión bien distinta, que tal vez tenga algo que ver con una especie de enmienda a la totalidad respecto a buena parte de las cosas –y, sobre todo, de las orientaciones– con las que habitualmente me encuentro.

Que esta actitud de distanciamiento me haya llevado a percibir –con tantos otros– que nos encontramos zarandeados por una fortísima crisis cultural; o que sea dicha percepción la que produzca mi rechazo –casi visceral– de muchas de las concreciones actuales del pensamiento, es cuestión que, si alguien se animara a ello, podría dar lugar a entretenido debate. Aunque, aquí y ahora, mucho me temo que estaría de más.

Estas leves consideraciones preliminares aspiran sencillamente a hacer presente que para entrar *algo* a fondo en el tema que se me ha propuesto –*El 2 de octubre de 1928 y la crisis de la cultura de la Modernidad. Trabajo y Progreso*– me hubiera visto obligado a reclamar, por lo menos, de ocho a nueve créditos de los previstos por la vigente legislación educativa. (Para mayor seguridad, digamos diez). No estamos, ob-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

viamente, para tales dibujos. Quizá más de uno de ustedes tenga en la punta de la lengua una réplica similar a la que se lanzó sobre san Pablo en el areópago de Atenas: «Te oiremos sobre esto en otra ocasión» [1].

No teman. Me he ocupado de estas cuestiones con cierta amplitud en varios lugares [2]. No hay que descartar que alguno de ustedes pueda incluso sucumbir a la debilidad –si la carne es flaca, el espíritu aún lo es más– de leer o consultar todo o, al menos, parte de ello. En consecuencia, y por el momento, propongo reducirme a lanzar una serie de afirmaciones –casi con aire de axiomas–, aunque todas ellas puedan ser debidamente probadas, conforme se ha intentado en los diversos lugares aludidos.

Un puñado de axiomas

Estas afirmaciones son las siguientes:

— en la Historia de los hombres se han debido de producir varias crisis culturales radicales, de las que, sin embargo, sólo conocemos con cierto detalle dos: la primera, la que pone fin a la Antigüedad clásica; mientras que la otra, la segunda, no es ya que la conozcamos, sino que la estamos viviendo con enorme intensidad;

— esta crisis actual –la crisis de la cultura de la Modernidad– entraña o implica las crisis consiguientes del individualismo y de la libertad de conciencia; la crisis del Estado; y la crisis de los diversos conceptos al uso del progreso;

— las crisis culturales son extremadamente lentas, pero –eso sí– sumamente radicales; sería ingenuo pensar que pudieran resolverse de un día para otro;

— con frecuencia, a la par de las manifestaciones extremadas de la crisis, suelen aparecer, despuntar o emerger las soluciones posibles para salir de ella: no hay que desesperar; pero a la vez hay que desechar la ingenuidad de confundir la captación de la salida intelectual de la crisis con la resolución y la superación plenas de esa misma crisis;

— si el hombre es el sujeto de la Historia, también lo es Dios; si los hombres podemos tener un interés –a veces, tan sólo esporádico, como

1. Act 17, 32.

2. Cfr. REDONDO, G., *Historia Universal*, XIII, *Las libertades y las democracias* (3.ª ed.), EUNSA, Pamplona 1989, pp. 15-84; ÍD., *Historia de la Iglesia en España (1931-1939)*, I, *La II República (1931-1936)*, Rialp, Madrid 1993, pp. 15-127; ÍD., «El 2 de octubre de 1928 en el contexto de la historia cultural contemporánea», *Anuario de Historia de la Iglesia*, XI (2002), pp. 699-741. Algunas de las cuestiones expuestas en esta última publicación, han sido utilizadas en la confección de estas líneas.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a ramalazos– por encontrar la solución de la crisis, el interés de Dios –hablando a lo humano– es obviamente mayor; y, a diferencia del caso de los hombres, muy, muy constante;

— la fe cristiana, en el sentido subjetivo de virtud teologal infundida por el Bautismo, ha de volcarse en la cultura[3]; es decir, hay que ir a la inculturación de la fe;

— una de las vías que Dios nos brinda para encauzar adecuadamente la crisis de la cultura –la crisis del sentido de la vida de los hombres– es, entre otras posibles, el Opus Dei;

— san Josemaría Escrivá insistió en la «llamada universal a la santidad»: si el hombre, por un lado, no debe encerrarse en sí mismo, sino permanecer en todo momento abierto a lo que Dios le dice, ese mismo hombre –y tal es el otro costado de la misma cuestión– es plenamente capaz de alcanzar, o tender a, cosas grandes –la santidad, por ejemplo–, aunque a veces se acumulen, en apariencia, pruebas casi irrefutables de que el hombre no es más que pedazo de simple materia, con tendencias acentuadamente nocivas;

— si la afirmación anterior rechaza de manera radical lo que suele denominarse concepción *liberal-materialista* del hombre, una segunda afirmación del mismo Fundador del Opus Dei –la santificación o perfección personal se ha de intentar *en medio del mundo*– margina con

3. La cultura ha sido definida de mil formas distintas. Una de estas definiciones –que quizá precisara de explicación amplia, para rescatarla un tanto de lo esotérico– bien puede ser la siguiente: «El conjunto de convicciones que conforma a cada uno de los determinados modos que el hombre tiene de autocomprenderse prácticamente y a las formas de comportamiento que se derivan de dichos modos de autocomprensión» (REDONDO, G., *Historia Universal*, XIII, *Las libertades y las democracias* (3.ª ed.), EUNSA, Pamplona 1989, p. 27). Ante el imposible –aquí y ahora– desarrollo detallado de cada uno de estos conceptos, me limito a subrayar uno sólo: la cultura es siempre eminentemente práctica. Es el patrimonio que se recibe y a cuyo incremento se debe contribuir; su recepción consciente y su incremento decidido es lo que permite que el hombre pueda desarrollar su innata condición personal. El conjunto de explicaciones –en el sentido etimológico de la palabra: hacer patente lo escondido, lo no inmediatamente evidente–, de convicciones operativas –que permiten enfrentarse con los problemas de la vida– con el que cada hombre se encuentra y sobre el que, también cada hombre, proyecta su capacidad de comprensión y acierto, o de falta de inteligencia y error; su posibilidad de ampliar el ámbito cultural y perfilar sus contenidos con mayor precisión; o, por el contrario, de enturbiarlo de manera considerable. La cultura es la gran consecuencia de la dimensión social que tenemos los hombres. Junto a esto, hay que añadir que sólo es culto el que procura vivir, hacer realidad en su vida la cultura, aceptando lo que se le brinda para asimilarlo y convertirlo en potenciador de sus acciones, o criticándolo para acceder a niveles superiores, más congruentes con la realidad y –por eso mismo– más eficaces. Quizá esté aquí la explicación de la sorpresa que suelen producir personas, quizá ignorantes de determinados conocimientos positivos, pero profundamente cultas. Y, por supuesto, lo inverso, que es igualmente cierto: hombres que aseguran –y no hay que dudar de ello– que saben todo o casi todo de una determinada cuestión, y que, sin embargo, se conducen como bárbaros –en el sentido vulgar de la palabra–, con incultura auténtica.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

fuerza similar la concepción *tradicionalista*, tan proclive a entender que el cristiano sólo puede desarrollarse bajo la protección de un gueto que le aísle y salve de las *tremendas maldades de un mundo intrínsecamente perverso*.

Y así llegamos a lo que llegamos. Que no es más que a intentar entender cómo podrá hacerse todo esto; cuál será el instrumento operativo que nos permita llevarlo a la práctica. No es otro –no hay sorpresas– que el *trabajo ordinario*, corriente, normal que ya todos –más o menos– llevamos a cabo, pero sobre el que quizá convenga detenerse para considerarlo de manera tendencial o presuntamente radical, a fin de establecer su misión o utilidad: un trabajo que no ha de ser activismo ciego, sino al que habrá que procurar dotar de sentido y significado bien precisos.

El significado del trabajo del hombre

Quizá pueda ser útil tratar de fijar algunas cuestiones básicas sobre las que descanse lo que a continuación se va a exponer. En primer lugar, que en la vida del hombre todo es trabajo. Más aún: que la vida humana es, ella misma, trabajo. Tal fue la misión que Dios confió al hombre al crearlo: Dios le hizo *ut operaretur*[4], para que trabajara. El hombre no ha recibido una vida, parte de la cual se ha de emplear en el trabajo; sino que la vida entera del hombre es trabajo[5]. Lo es la actividad profesional –la que sea–; pero también la vida familiar, el sueño o las distracciones correctas de las que el hombre eche mano para aliviar las tensiones de su existir. En todo ello, realizado en medio del mundo, el hombre ha de procurar la perfección; es haciendo todo esto como el hombre alcanzará la felicidad.

Es posible que tenga igualmente interés subrayar un segundo aspecto: la relación –estrecha relación– del trabajo que se pide al hombre y el orden de la propia vida humana y de la entera vida social. Mediante el trabajo, mediante la vida entendida como trabajo, cabe la posibilidad de recolocar en su sitio las muchas cosas que ha desordenado el pecado. Un orden que va algo más allá del que se impone a los libros de una biblioteca, o del que se logra en el interior de un frigorífico. Se trata de lo que cabría denominar orden esencial de la acción humana, que

4. Gen 2, 15.

5. En el libro de Job (7, 1) puede leerse: «Militia est vita hominis super terram». Unas palabras que san Josemaría glosaría así: «Que la vida del hombre sobre la tierra es milicia, lo dijo Job hace muchos siglos. –Todavía hay comodones que no se han enterado». JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, Rialp, Madrid, n. 306.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

permite distinguir la diversa calidad de las cosas realizadas o por realizar, y hacerlas, en consecuencia, en el orden debido. Este aspecto –muy importante, aunque sin olvidar que puede, como tantas otras cosas buenas, degenerar en manía si se le convierte en fin– es virtud esencialmente racional, intelectual: sólo cabe una ordenación adecuada de las cosas que se hacen, sólo es posible un trabajo bien ordenado en la medida en que se entiendan bien, se valoren de forma adecuada las distintas cosas que hay que hacer. San Josemaría recogió esto en una fórmula escueta:

«¿Virtud sin orden? ¡Rara virtud!»[6]

No resulta difícil entender en este contexto que el trabajo no distrae –no puede distraer nunca si se lleva a cabo de manera ordenada– del trato con Dios, de la búsqueda de la perfección. Es igualmente de Escrivá de Balaguer un comentario –también breve– con el que indica la actitud de fondo que deberá tener el verdadero trabajador. Al margen de la vieja polémica entre Marta y María, entre vida de acción y vida de contemplación, solía decir que había que ser *contemplativos en medio del mundo*, en la actividad constante que debe llenar las horas de cada día.

Si se me permite un juego de palabras –por lo demás, rigurosamente exacto–, podría decirse que *opus Dei* es tanto el trabajo que Dios hace siempre[7], como el trabajo que el hombre hace por Dios: por amor de Dios y gracias a la ayuda que de Él recibe. Si el hombre ha de mantener con Dios una relación individual, en primera persona, en la que nadie le puede sustituir, la relación social del hombre con los demás hombres –de acuerdo con lo que Dios le pide– la hace posible el trabajo: el hombre coopera así al desarrollo y culminación de la Creación divina, una tarea a la que es llamado por el mismo Dios[8]. Puede por eso decirse que el trabajo humano es la cooperación del hombre a la obra, al trabajo hecho por Dios, pues –por más que resulte sorprendente– Dios quiere contar con el hombre: ha puesto en sus manos la construcción de la sociedad humana, mediante el trabajo que el hombre lleva a cabo. Y, dentro de tal labor, es aspecto a destacar el esfuerzo que el hombre debe y puede realizar –con la ayuda, por supuesto, de Dios–

6. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, Rialp, Madrid, n. 79.
7. «Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también» (Jn 5, 17).
8. «(...) los bendijo Dios (a Adán y Eva), diciéndoles: "Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra"» (Gn 1, 28).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

para impulsar a los demás hombres a que participen en esa misma tarea. Pues si el hombre ha recibido de Dios la encomienda de llevar a su término todo lo creado, lo más importante que ha salido de las manos de Dios son precisamente los hombres.

La santidad se consigue en la medida en que el hombre procura la unión con Dios en todo lo que realiza ordenada y libremente. Un esfuerzo que se convierte en garantía de que tal unión será para siempre en el cielo. No ha de extrañar que así suceda, porque el trabajo, desvinculado de Dios, por intenso, enérgico, etc. que pudiera ser, ningún valor tendría. Tiene valor cuando se une a la acción constante de Dios en los tiempos; de forma muy particular a lo realizado por el Verbo Encarnado, por Jesucristo.

Nuestro Señor, durante los años de su vida oculta cooperó, en cuanto Hombre verdadero, con la Creación llevada a cabo por la Trinidad –por tanto, también por Él mismo, en cuanto Dios verdadero–. Pero Jesucristo, junto a esto –o, para ser más exactos, tomando precisamente como precedente su trabajo en cuanto Hombre– realizó la obra por excelencia, la Redención, liberadora del hombre; es decir, el acto mediante el cual la vida del hombre volvió a tener pleno sentido, al resultar rescatado del cautiverio del demonio, consecuencia de la caída primera: una actividad evidentemente social, en cuanto pensada y realizada en bien de todos. Sale una vez más al encuentro la enseñanza de san Josemaría, que habla de que la Santa Misa, el Sacrificio del Calvario, ha de ser para el hombre *centro y raíz de su vida interior*. En otros lugares hablará de que el día del hombre, el ámbito de su trabajo, ha de resultar conformado por la Santa Misa; una manera exacta de expresar la vinculación del trabajo del hombre con el trabajo de Dios.

Un texto expresivo sobre este hecho bien puede ser el siguiente:

> «Después de tantos años, aquel sacerdote (Josemaría Escrivá de Balaguer vela con delicadeza su protagonismo) hizo un descubrimiento maravilloso: comprendió que la Santa Misa es verdadero trabajo: *operatio Dei*, trabajo de Dios. Y ese día, al celebrarla, experimentó dolor, alegría y cansancio. Sintió en su carne el agotamiento de una labor divina.
>
> A Cristo también le costó esfuerzo la primera Misa: la Cruz»[9].

La bondad del trabajo

La convocatoria al trabajo no consiste, únicamente, en que el hombre tenga que trabajar. En este sentido, es claro que tanto mejor será el

9. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Vía Crucis*, Rialp, Madrid, XI estación, n. 4.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

trabajo humano cuanto, mediante él, más se tome posesión de lo creado –gracias al conocimiento científico– o mejor se realice, más útil se logre que sea –merced a la técnica–[10]. Pero esto es sólo parte –y no la parte más importante– del trabajo. Todo esto, por ejemplo, puede hacerse sin tener en cuenta para nada la libre decisión del hombre de cooperar, mediante el trabajo, con lo que Dios le pide. Puede llevarse a cabo, sin ir más lejos, porque no se tiene más remedio, para poder vivir, sacar adelante la familia, por simple vanidad, etc.

De aquí que pueda haber gente que no trabaje o que –por el contrario– convierta el trabajo en un fin en sí mismo. Y es que el sentido del trabajo no está en el mero trabajo realizado, sino en el hombre que lo realiza: en que sepa que el trabajo vale y le vale; tiene un valor, a través de la unión del hombre con Dios, y sirve –en primerísimo lugar– al mismo hombre que lo lleva a cabo. La dificultad de entender el sentido del trabajo –mucho más allá de la errada visión ramplona que lo interpreta como castigo– deriva de no percibir que todo lo creado por Dios es bueno; y que, además, todo ha sido recreado por la Redención realizada por Cristo en la Cruz. Si no hay un esfuerzo deliberado por entender las cosas rectamente, será muy difícil captar el verdadero sentido o significado del trabajo. Y, en consecuencia, quedará íntimamente dañada la percepción del valor que el entero mundo tiene.

Si no se sabe –y se vive– que el mundo ha sido redimido –todas las cosas del mundo y, entre ellas, la cosa mayor, el hombre mismo–, ese mundo se verá como malo y, en consecuencia, se intentará mantenerse lo más alejado posible de él. Puede también entenderse –por el mismo hecho del desconocimiento de la Redención– que el mundo es sencillamente así, sin posibilidad de mejora: tanto dará entonces hacer una cosa como otra. Es la bondad inherente del trabajo lo que ayuda a captar que el hombre no es hecho por el trabajo, aunque el hombre se haga al trabajar. Dos formulaciones parecidas, pero que expresan realidades por completo diversas.

Esta enseñanza se desprende del trabajo que llevó a cabo Jesucristo, a partir del hecho evidente de que quiso trabajar; de que, en cuanto Hombre verdadero, realizó, durante años, una actividad profesional en el ámbito de una familia: el trabajo sirve; trabajar está bien. Jesucristo no dejó dicho que se debiera trabajar en una cosa determinada: fue un artesano de aldea, algo evidentemente muy general. Tampoco se ocupó de enseñar los principios científicos en que hizo descansar su trabajo; o la técnica que aplicó en él. Una muestra más de la acabada libertad que

10. «Al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea», JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, cit., n. 332.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Dios ha puesto en el hombre y que Dios respeta, que Dios se toma plenamente en serio. A la vez, una invitación clara a seguirle también por este camino.

Sólo desde esta perspectiva puede llegar a entenderse la convocatoria a santificarse en medio del mundo, a través del trabajo, de la vida ordinaria: un trabajo que hay que santificar, hacer bien; un trabajo mediante el cual se ayuda eficazmente a los demás; un trabajo –una vida entera, en definitiva–, que así realizado se convierte en camino de santidad. Con entera independencia de los éxitos o fracasos que mediante el trabajo –es decir, a lo largo de la compleja vida humana– puedan cosecharse, el esfuerzo por hacer bien ese trabajo, por vivir con plena conciencia la vocación cristiana, permite que todo lo que el hombre realiza pueda convertirse en instrumento, canal, conducto de la constante actualización de la obra creadora y redentora de Dios, mediante la gracia.

Como consecuencias evidentes se imponen –entre otras posibles– al menos, dos. El trabajo humano ha de ser libre, el hombre ha de tener posibilidad de trabajar, porque necesita hacerlo. Se entiende en este sentido, por ejemplo, la llamada constante de Juan Pablo II a luchar contra el paro: si el hombre no tiene posibilidad de trabajar –no es libre de hacerlo–, lo de menos es que se pueda resentir el producto interior bruto o la elevación del nivel de vida. Es que se estará impidiendo al hombre cooperar con Dios y, por tanto, cumplir el fin al que se le convoca. Pero la afirmación de que el trabajo ha de ser libre, tiene también otro posible sentido: el de que ha de ser realizado con libertad; o, más precisamente, de manera plural. Tanto en las distintas materias o contenidos del trabajo, como por los diversos enfoques o maneras de trabajar. Una forma de entender las cosas que, posiblemente, se encuentra en relación estrecha con la inabarcabilidad por parte del hombre de la creación divina total: si es preciso que el hombre trabaje, preciso es igualmente que, en el trabajo, se respete su libertad, la libertad que el mismo Dios le ha entregado.

El progreso personal y el progreso social

Pero hay un aspecto más que depende también muy estrechamente del trabajo: puesto que el trabajo supone compromiso, el hombre progresa personalmente cuando lo procura hacer bien. Entre la multitud de opciones que ante el hombre se presentan, la elección adecuada trae consigo –de forma inevitable, cabría decir– el incremento o desarrollo, el despliegue de la personalidad del hombre que la pone en práctica. *A sensu contrario* podría decirse igualmente que tal progreso no se produce, si lo único que se intenta es un pretendido enriquecimiento indivi-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dual –en el sentido que sea, no tan sólo económico–. No parece que resulte difícil entender esto, pues –incluso si el hombre se equivoca en su elección– será también progreso la decisión posterior de enmendar su conducta y volver a empezar. A lo que hay que añadir que el progreso de la sociedad, tomada en su conjunto, se encuentra en dependencia íntima con el progreso personal de los hombres que la integran.

En este sentido no resulta extraña la prevención que, en los momentos actuales, muchos sienten ante la posibilidad del progreso: donde unos aseguran que sencillamente no parece que pueda volver a ser posible –si es que alguna vez se dio, si se puede hablar realmente de que se ha progresado...–, otros temen precisamente que se produzca, por las disfunciones a las que –así piensan– inevitablemente daría lugar. A unos tiempos –los siglos precedentes– en los que todos los problemas parecían desvanecerse ante la afirmación de que, a pesar de los pesares, el progreso seguiría imparable, han sucedido actitudes de enorme recelo ante lo que el progreso pueda deparar. No es extraño que así haya sucedido. Es una muestra más de que el progreso no puede hacerse descansar en la mera consecución de objetivos materiales, pues el único que realmente puede progresar es el hombre: sólo a la mejora de la calidad humana puede llamarse de verdad progreso. Lo demás son meras consecuencias de interés relativo, más bien escaso. Si es el concepto de hombre –en sus versiones liberal-materialista o tradicionalista– el que ha entrado en crisis, al ser este concepto factor decisivo de la cultura de la Modernidad, esa misma crisis se ha abatido de forma inevitable sobre la ensoñación del progreso imparable.

Como las ideas tardan bastante en llegar a integrarse en la opinión común, no sorprende que, a la vez que este negro pesimismo respecto al progreso, sigan flotando en el ambiente formas viejas de entenderlo. El progreso es concepto equívoco que hay que intentar precisar de forma adecuada, si no se quiere que acabe por destrozar al hombre que tan ingenuamente lo considera todopoderoso. Un primer significado elemental es el simple progreso cronológico: el siglo XIX está más adelante que el XII; hoy estamos más allá de ese mismo siglo XIX, por el hecho sencillo de que acabamos de iniciar el siglo XXI. Una forma segunda de entender el progreso es en su exclusiva dimensión científica o técnica: hemos avanzado porque tenemos conocimientos más amplios y mejor fundados sobre lo que es la materia; o se ha logrado manejarla, utilizarla con resultados de mayor calidad. Dos modos correctos de entender el progreso, que no presentan dificultad alguna. Pero que, sin embargo, pueden generar problemas no pequeños cuando se mezclan, y de su fusión –y de un cambio de plano– se pretende sacar consecuencias no del todo exactas. Como el progreso científico y técnico –el conocimiento y utilización de la materia– ha ido creciendo al compás del avance del

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tiempo, el hombre –que se asegura que no es más que materia[11]– podrá plantearse un crecimiento igualmente sin límites, gracias al simple paso del tiempo. Y, de forma similar a lo ocurrido con la investigación de la materia, este progreso supondrá también nuevas normas, sin relación con las hasta el momento vigentes, de la misma manera que hoy a nadie se le ocurre utilizar un carromato, pudiendo viajar en avión. Este modo ingenuo de entender el progreso es precisamente el que ha entrado en crisis estrepitosa: las cosas no han salido como se pensaba. Y si se ha llegado, gracias a los avances de la física, a conocer con detalle considerablemente mayor la energía nuclear, también se han producido y utilizado la bomba atómica o la de hidrógeno. El conocimiento acabado, o relativamente acabado, de la materia no supone garantía alguna de un progreso auténtico. Se comprende, aunque en modo alguno se compartan sus criterios, a los que defienden la vuelta a la sociedad preindustrial.

Para entender, sin embargo, todo lo que supone esta quiebra de la fe en el progreso hay que saber cómo entró en juego este concepto. Porque, aunque pueda hablarse razonablemente de que el hombre, desde sus orígenes, algo ha logrado avanzar, no siempre en la Historia tuvo el ideal del progreso la fuerza con que ha sido vivido en los siglos últimos. Esta idea o concepto del progreso, lo mismo que la realidad del Estado, es creación de la cultura de la Modernidad. Y puede decirse –por paradoja– que tiene un origen cristiano, aunque posiblemente se trate de una perversión, de una forma errada de entender una de las grandes aportaciones culturales del cristianismo.

Durante siglos, en los tiempos anteriores a Jesucristo, la cuestión de un posible progreso del hombre no se planteó sino de forma extremadamente colateral y débil: el hombre era como era y así parecía que habría de seguir siendo siempre. Fue una de las consecuencias culturales mayores de la Redención –el hombre era libre y podía vivir y conducirse como ser libre– lo que indujo a que el panorama cambiase de forma notable. Si el hombre, mediante la Redención, había recuperado su libertad, era pensable que, gracias a ella, alcanzara a conocer la verdad y

11. El carácter sintético de estas líneas obliga a fastidiosas simplificaciones. No se desconoce en modo alguno que, durante buena parte de los siglos de la Modernidad, pudo entenderse el progreso como consecuencia del desarrollo o despliegue del espíritu humano. En este sentido, el estricto progreso material, en la misma medida en que se fue dando, se comprendió como punto de apoyo, muy conveniente, que garantizaba –y, de algún modo, incluso probaba– tal desarrollo y despliegue. Pero –quizá sea innecesario insistir en ello– se trató de la intelección de un espíritu humano como radicalmente inmanente, cerrado a toda trascendencia, salvo por la vía caliginosa del sentimentalismo. Y no se tardaría en admitir, en la práctica, que el hombre no era más que materia, una vez que la pretendida espiritualidad quedó reducida a simple epifenómeno material. Tal es, en amplios círculos, la situación actual. A pesar de que, de una u otra forma, puedan persistir confusos ramalazos sentimentales.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a ponerla en práctica. Tal fue una de las grandes empresas de los tiempos medievales. Una gran empresa que acabaría por entenderse fallida, a pesar de los esfuerzos de emperadores, papas y reyes a lo largo de la Edad Media. Aunque es posible que, precisamente, bien pudiera deberse su fracaso a los esfuerzos de emperadores, papas y reyes por sofocar la vida libre del hombre y, en consecuencia, la vida libre de la sociedad.

La idea de imponer *velis nolis* el progreso –ya que los hombres libremente no parecían dispuestos a hacerlo– constituyó uno de los impulsos más decididos del Estado moderno [12]. La autoridad social legítima desembocó en actividad social ilegítima cuando el Estado se propuso conseguir lo hasta el momento –y en apariencia– no logrado. Para ello no vaciló en interferir con energía en la libre vida de la sociedad, asumiendo el papel de Providencia. Y las distintas formulaciones que recibió el progreso fueron modos distintos de entender, de manera secularizada, la acción de esa misma Providencia. Posiblemente no se alcanzó a percibir la perversión que –quizá con una buena voluntad que no hay por qué descartar– se introdujo en la vida personal y social. Porque la acción de la Providencia nunca prescinde de la colaboración humana, mientras que el Estado es siempre constitutivamente autoritario: es la transformación de la autoridad clásica a la que se potencia con cuantos recursos sean necesarios para imponer sin matices precisamente dicha autoridad, para eliminar todo peligro de resistencia social. Quizá no resulte inexacto afirmar que el Estado moderno es siempre *Estado confesional*. Y no meramente en sentido religioso, sino porque lo que se propone es imponer una determinada manera –una *confesión*– de orientar al hombre y a su actividad. Lo cual no quiere decir que entre los incontables y fervorosos servidores del Estado moderno, no puedan darse hombres y mujeres llenos del mejor deseo de contribuir a mejorar todo tipo de situaciones. La cuestión, en cualquier caso, es larga y merecería un análisis más detallado, para el que, sin embargo, falta tiempo ahora y es más que dudoso que éste sea el lugar conveniente para desarrollarlo. Baste en este sentido recordar que sólo puede darse un compromiso personal auténtico en la medida en que se rechaza la conciencia enteramente autónoma y el hombre se vuelca decidido en la acción social. Es el compromiso –es decir, el trabajo rectamente orientado y realizado– el que permite el progreso personal y se convierte así en motor del progreso de la sociedad entera.

12. No hay que olvidar que, durante los últimos siglos, ha predominado –al menos en la Europa continental y en los países culturalmente dependientes de ella– una historiografía de tendencia *estatista*, incluso convencida con sinceridad de que la aparición del Estado moderno había supuesto un avance decisivo, al permitir la superación del tan pregonado *caos medieval*. Unas afirmaciones tajantes que cada día se expresan de forma más y más matizada.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

¿Puede hablarse de triunfo en la vida de los hombres?

Si la persona es el individuo que se comporta socialmente, desarrollará su personalidad, podrá decir que aspira a la perfección a la que Dios le llama, en la medida en que asuma de manera individual su relación con Dios –haga más plenamente suya, de forma decididamente libre, la norma que es común a todos los hombres– y proyecte socialmente esa vinculación, esto es, ayude mediante su trabajo a que los demás acepten voluntariamente, hagan suya, esa misma norma, que no es sino la *llamada universal a la santidad*. Tal es la labor a realizar a lo largo de la vida, el tiempo histórico de que cada uno dispone. Quizá no extrañe si se añade que esta actitud supone –de alguna manera– cierta enmienda a la totalidad a las formas predominantes de conducta, orientadas a conseguir la grandeza, o sencillamente a sacar adelante, una determinada nación, sociedad o empresa.

¿Y qué garantías habrá de ganar esta batalla? O, de otra manera, ¿podrá hablarse de triunfo en la vida de los hombres, mediante el trabajo que realicen? Por supuesto que sí; aunque –igualmente, por supuesto– de forma algo distinta a lo que habitualmente se suele entender por triunfo. El triunfo en la vida de los hombres no son las Cruzadas, ni la conquista de América, ni la elevación del nivel de vida, ni que los hijos salgan bien, ni el logro de una cátedra universitaria. El triunfo reside en el esforzarse a diario, comenzando y recomenzando cuantas veces sean precisas; en hacer el trabajo que el hombre –cada uno, pues en esto nadie puede sustituirnos– tiene que hacer. Buscando, sin duda, unos resultados. Pero al margen de que dichos resultados se consigan o no. Quizá no resulte errado decir que el triunfo, por antonomasia, son las Bienventuranzas[13]. De estos objetivos es de lo que hay que procurar estar siempre pendientes en esta vida, mediante el esfuerzo de ser –como dice san Josemaría– *contemplativos en medio del mundo*.

Es posiblemente experiencia de todos que en cuanto descuidamos esta contemplación tendemos a quedar atrapados, no por lo inmediato –pues eso es lo que estamos haciendo siempre y no podemos hacer otra cosa[14]–, sino por la visión no trascendente, no sobrenatural, meramen-

13. Cfr. Mt 5, 1-12.

14. «¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos; que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontraremos en las cosas más visibles y materiales.

No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver –a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares– su noble y original sentido, ponerlas

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

te material de lo inmediato. Lo que supone de verdad el resultado del trabajo fue expresado de manera acabada por Jesucristo en el Evangelio:

> «Buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» [15].

Como siglos ha se escribiera en el *Libro de Aleixandre*, «las coplas de este cantar, aquí se van acabando». Si es posible que mucho –o, al menos, algo– se haya dicho, es infinitamente más lo que resta por decir. Quédese para otro momento. O, mejor aún, quédese para la esforzada y valiente reflexión personal, a partir de la información adecuada.

*Coloquio**

Pregunta. No sé si he entendido mal, pero me parece que en su intervención ha considerado el trabajo desde el punto de vista de la redención. Ha hablado del trabajo como ordenación, o como reintegración del orden que el pecado ha desordenado. Quisiera preguntarle: ¿qué ocurre con la concesión del trabajo como un don original anterior al pecado? Es decir, ahí aparece el trabajo como un don que se da al hombre antes del pecado, y no cabe esa consideración del trabajo como ordenación o como reparación.

Respuesta. Tengo la suerte de no saber excesivamente de filosofía o de teología, y pienso, por tanto, que ese tema en realidad tiene poca importancia. Quiero decir que la vida es la vida, que las cosas son como son. ¿Qué hubiera pasado de no haberse producido el pecado original? Interesantísima cuestión para que se dediquen a ella quienes tengan tiempo, pero a mi juicio es indiferente. ¿Qué hubiera pasado si no se hubiese dado la redención? No lo sé, pero tengo la impresión de que la

al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.

El auténtico sentido cristiano –que profesa la resurrección de toda carne– se enfrentó siempre, como es lógico, con la *desencarnación*, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un *materialismo cristiano*, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu». JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, nn. 114-115.

15. Mt 6, 33.

*. Se añaden las respuestas a las preguntas que corresponden al coloquio final de la conferencia y, también, a la sesión final del simposio, dedicada a la discusión de los temas planteados. Obviamente, se han hecho algunas correcciones de estilo sobre la transcripción de la exposición oral de las preguntas y respuestas. En ocasiones, se encuentra la misma pregunta repetida porque fueron varios los ponentes que intervinieron para responder, o se recogen referencias mutuas que formaron parte de diálogos entre varios participantes.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

redención está ahí, y por tanto, pienso que lo que interesa son las cosas como están ahora, qué es lo que pasa hoy.

En el orden estrictamente personal, tengo un gran afecto por Ortega. Ortega, en un momento de su vida, hizo una revista él solo que se llamaba *El Observador*. No es mal título para una revista. La escribía entera él. Diría que yo intento también ser observador. Me asomo a la ventana y veo que lo que pasa es esto. ¿Qué hubiera pasado si...? Sumamente interesante. ¿Qué pasa? Lo que pasa es lo que pasa.

Por tanto, dado que la historia tiene una realidad radical, en cuanto que tiene un origen en Dios, dado que tiene una acción divina, y que tiene una participación importantísima de los hombres, y tiene un final que es el juicio... eso es a lo que me atengo. Eso es lo que pienso que interesa. Lo demás, respetando enormemente a quienes se dedican a la alta especulación, es en mi opinión indiferente.

Pregunta. Me ha encantado su intervención y también esta última respuesta. Sobre todo me gusta la definición de cultura como el conjunto de convicciones y el conjunto de conductas que se derivan de esas convicciones. Me parece entender que el progreso es el progreso cultural, es decir, el cambio hacia unas nuevas convicciones que sean mejores que las convicciones y los comportamientos precedentes. Me parece que el problema central de la modernidad es que se han perdido criterios para decidir cuándo unas convicciones son mejores que otras.

Respuesta. Totalmente de acuerdo. Definitivamente ése es el problema. Incluso apuntaría que no se trata de que las convicciones sean mejores, que lo tienen que ser. Sobre todo, se trata de que el hombre realice las convicciones buenas que ya existen. No es decir: «busquemos otras convicciones», como si estuviéramos ante un problema estrictamente científico de «busquemos nuevos procedimientos de tratar el cáncer». No, porque los procedimientos ya están; lo que hay que hacer es aplicarlos. Bien entendido, por lo menos para mí, el progreso social descansa sobre el progreso personal. Y por tanto, ¿cuál es el problema? El problema está en eliminar, lo que podríamos llamar, las convicciones erradas que se han planteado, y aceptar poner en práctica las convicciones que son las propias de la naturaleza humana. En la medida que eso se haga, las cosas funcionan.

En esto, reconozco que soy radicalmente optimista por una razón muy simple, y es porque Dios no pierde batallas. Yo sí las pierdo. Quizá alguno de los presentes también pierde alguna. Yo las pierdo casi todas. Dios no. Por tanto, incluso cuando yo las pierdo y luego intento pedir perdón, resulta que no es una batalla perdida por Dios. El problema de siempre es cuánto nos gustaría ver los resultados positivos de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nuestras acciones. Pues hay que renunciar a esta expectativa porque uno ni se va a enterar. Por lo que podemos saber, esos resultados pueden producirse dentro de trescientos años. Cuando –en una medida muy modesta– tenemos algún éxito, la posibilidad de enterarse de él es casi nula, y ocurre así también con los fracasos. Cuando alguien consigue algo, es muy probable que no se dé ni cuenta, porque muchas veces nuestro modo de medir las cosas es errado.

Leí, en cierta ocasión, que el éxito de los padres es que los hijos salgan bien. Pues que vayan cerrando la institución paterno-filial. Los hijos salen como salen. Lo que importa es que los padres hagan lo posible por que salgan bien, y si salen mal los hijos, solamente pueden armarse de paciencia y tranquilizarse. Se dice eso muy bien en *El Quijote*. La ventaja está en que hay padres malísimos que engendran hijos fantásticos. ¿Qué es entonces el éxito? ¿Conseguir una cátedra? Sí, para algunos sí; posiblemente es una visión muy reducida, aunque a lo mejor no lo sea tanto. ¿El éxito qué es? Dejarse la vida. Ése es el éxito. Para eso hay que tener mucha fe, y tampoco viene mal cierta dosis de buen humor. No tomarse excesivamente en serio las cosas.

Algunas personas parecen creer que todo va tremendamente mal. A lo mejor no es así, no todo va mal, o, a lo mejor dentro de unos años las cosas van mejor. Recuerdo que un venerable representante del episcopado español, no voy a citar el nombre, en los años cuarenta, iniciaba una pastoral diciendo: «Debido al empeoramiento sin atenuantes de la condición humana desde el pecado original...». Al leerlo, pensé vagamente que también ha ocurrido la redención después de la caída original. Por tanto, no todo va absolutamente mal. Antes he hablado en broma de «la condición radicalmente perversa del mundo en el que nos encontramos», sin embargo, hemos visto en estos días a toda la gente manchándose de petróleo en las playas de la Galicia sin cobrar un duro. Me parece que es una cosa ligeramente respetable. Podríamos hablar de otras mil cosas, de las ONG, etc. No todo va mal. Creo, por lo contrario, que hay muchísimas cosas que van bien. Incluso si alguno me preguntara qué valoración merece, a mi juicio, la condición actual del mundo respondería que, desde mi perspectiva, es el mejor momento de la historia. No me refiero al punto de vista de los viajes interespaciales. Eso me tiene sin cuidado. Me refiero a que, nunca en la historia, la Iglesia había estado tan bien.

Santa Teresa era una mujer evidentemente fina y santa. En el capítulo V del *Libro de su vida* comienza diciendo: «Ay, aquellos tiempos de la devoción antigua...». Observen que escribe en el siglo XVI, donde les recuerdo que se da el descubrimiento de América, la guerra de conquista contra los indios, en Europa la guerra contra los protestantes, y, a la vez, la guerra contra los turcos... la locura. Pero el siglo XVI es también

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Francisco de Borja, san Juan de Dios, fray Luis de León, fray Luis de Granada... Santa Teresa comienza ese capítulo V diciendo: «Ay, aquellos tiempos de la devoción antigua...». Y entonces, si uno se pregunta cuándo debió de ser eso de la devoción antigua, encuentra que la devoción antigua es el origen del Carmelo. Y ¿cómo se produce el origen del Carmelo? Cuando hay una serie de gente que, considerando que el mundo del Imperio romano es absolutamente corrupto, huye a la soledad. Por lo que en aquellos tiempos de la devoción antigua ya el mundo era un desastre total.

Dada esa visión tan trágica, podemos preguntarnos cuál es el momento en la historia en el que mejor se ha expuesto lo que es el cristianismo. Reconociendo que todos nosotros tenemos muchos defectos, que no lo hacemos bien, podemos pensar que seguro que ha habido alguien que lo ha expuesto fantásticamente bien. Y que además ha avalado ese mensaje con todo tipo de hechos prodigiosos. Es decir, evidentemente, que hablamos de nuestro Señor Jesucristo. Y Jesucristo acaba en la cruz. La cruz es la redención.

Pienso así que no debemos ponernos nerviosos. Si alguien se quejara de que no consigue los objetivos que se ha marcado, habría que responderle que, en realidad, no lo sabe. No podemos saberlo. Podemos saber solamente si hacemos lo que podemos. ¿Qué es lo que hay que hacer? Vivir, como usted acaba de decir con toda razón, con las convicciones correctas y tendremos aquí paz y después gloria. Además, para algunos esa gloria –en la esperanza de la promesa, se entiende– está cada día más cerca.

Pregunta. Solamente quería plantear una pregunta: ¿Tiene algún sentido en la historia la expresión de san Josemaría: «Vi a Cristo reinar en la cumbre de las actividades humanas»?

Respuesta. Sí. Poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas es, sencillamente, hacer todo lo que nosotros hacemos vinculándolo, a mi modo de ver, a la Santa Misa. Que sea Él el que haga las cosas.

El Evangelio es enormemente gráfico y claro. Podemos pensar en la pesca milagrosa, donde tiene lugar un milagro prodigioso. Lo recordamos muy bien: no había peces, de pronto hay peces, etc. Hay una cosa esencial en la pesca milagrosa, y es sencillamente que las redes se mojan. Las redes posiblemente estaban ya en la barca. Podríamos imaginar que pensarían que ya habían cumplido por ese día, que era hora de irse secando, de que las limpiaran de algas... Y de pronto las tiran otra vez al mar. Es obvio que la pesca milagrosa no se debe a las redes. Es obvio también que la pesca milagrosa no se produce sin redes. Es obvio que la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

pesca milagrosa se hubiera podido producir sin redes. El Señor podía haber ordenado que los peces se metieran directamente en la barca. Pero no, tira la red. Nosotros somos las redes. Y entonces, ¿qué es lo que hay que tener? Bueno, pues no asustarse de que a veces el agua está fría, de que no sabemos a veces por qué caemos ahí. Hay que volver a echar las redes, tenemos que volver a hacer una cosa.

El que está haciendo las cosas es Dios. ¿Qué le estamos haciendo nosotros a Dios? Él quiere que le hagamos el favor de ser sus instrumentos en sus manos. Por eso el trabajo es sencillamente cooperar con Dios. Entonces, cuando cooperamos con Dios, estamos permitiendo al Señor ponerse en la cumbre de las actividades humanas. Todo lo estará haciendo Él. Como lo estará haciendo Él, no nos debe de extrañar que no nos enteremos si las cosas salen o no salen. Salen siempre, pero a lo mejor es posible que no salgan con nuestros cálculos. Así interpreto esa expresión, aunque posiblemente habrá otras formas de entenderla y mejores.

Pregunta. En primer lugar, quiero agradecer a los ponentes todo el trabajo que han hecho a lo largo de estos dos días, y que desde luego a mí me ha servido mucho. Además, el asunto es que yo vine aquí convencida de que santificar el trabajo no era solamente trabajar mucho y bien, sino que, aunque parece ser que es condición indispensable, eso solo no bastaba. San Josemaría utilizaba la expresión «mentalidad profesional» para referirse al trabajo y a otras actividades distintas del trabajo; con ella les daba un sello de eficacia, de seriedad. También otras veces hablaba de «mentalidad deportiva», o de «espíritu deportivo», que es un aspecto que no ha salido durante estos días. Otro aspecto de su enseñanza es que, para él, el trabajo no era fin. Él decía a la gente que se incorporaba al Opus Dei que el trabajo era un medio, que no habían ido al Opus Dei a trabajar, sino a hacerse santos trabajando, y que además muchas «profesionalitis» impedían la unión con Dios.

Creo que lo de «mentalidad profesional» se ha asociado a «mentalidad empresarial». Me ha gustado el esfuerzo del profesor Argandoña por humanizar a empresarios –que para la gente normal como nosotros son en este momento el modelo de cómo trabajar bien–, y el reto que ha lanzado la Universidad de Navarra me ha parecido fantástico. Me encantaría que en la Universidad de Navarra se enseñara que aquí es posible un trabajo, que sea santificado, y además que se eviten las distorsiones, que se eviten las «profesionalitis» si es que de verdad existen como enfermedad.

Respuesta. Apunté ayer que –por suerte o desgracia o lo que sea–, no soy teólogo, ni soy filósofo, y con el debido respeto me resultan indiferentes esas disciplinas.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Es más, las anotaciones que he ido tomando a lo largo de esta tarde están en completo desacuerdo con lo que aquí se ha dicho. Por ejemplo, la profesora Montserrat Herrero ha hablado de trabajo y ocio. Yo no entiendo esa distinción, porque eso es acción humana, y la acción humana da igual que sea trabajo u ocio; da exactamente lo mismo. La profesora Purificación de Castro acaba de hablar de «profesionalitis». No existe esa «profesionalitis».

¿Qué quiero decir con esto? Evidentemente no es que no distinga todas estas cosas, sino que el trabajo no es más que la acción humana. Por tanto, el trabajo estará bien hecho no si el hombre trabaja bien, sino si ese hombre vive bien, si el hombre se comporta como lo que es, como hombre. Si no se comporta como hombre, aparece la distorsión entre trabajo y ocio, pero es una consecuencia de que el hombre se está buscando a sí mismo. Como se ha dicho aquí con mucha exactitud, se está buscando a él mismo en el trabajo, o en el ocio, o en la «profesionalitis», pero el problema no es el trabajo.

Desde este punto de vista, como ha indicado el profesor Argandoña, evidentemente el trabajo tiene en sí mismo unas normas que hay que cumplir. Cualquiera de los que estamos aquí en el aspecto concreto del trabajo que realizamos, intentamos cumplir esas normas. Inmediatamente vemos que, cumpliendo las mismas normas, hay gente que hace bien las cosas, es decir, vive bien; o, que, cumpliendo esas mismas cosas, hay gente que vive mal. Por tanto, el tema no es fijarse en el trabajo. La cuestión del trabajo, en sí mismo, parece que tiene un interés más bien escaso.

Lo que interesa y el problema gravísimo es ¿qué soy yo?, ¿cómo me comporto yo?, ¿qué es lo que yo tengo que hacer? Y entonces la respuesta a ¿qué es lo que yo tengo que hacer?, es que tengo que vivir. El vivir es el trabajo, pero englobando absolutamente todo. Yo así lo entiendo. El sueño, la cantidad de horas que hay que dormir, eso es trabajo y hay que santificarlo exactamente igual que escribir a máquina. Cuando el profesor Alejandro Llano apuntaba que tenemos que seguir dando vueltas al concepto de trabajo, yo pensaba que sí, que me parece excelente, pero realmente a las cuestiones que hay que seguir dando vueltas son más bien: ¿en qué consiste el hombre?, ¿qué tiene que hacer el hombre?, ¿qué debe de hacer el hombre?, ¿qué es el hombre? A estas preguntas hay que darles vueltas, porque no son una cuestión evidentemente científica. Si tuvieran un matiz estrictamente material estarían ya resueltas. Como son un problema profundísimo, no lo tenemos resuelto ni lo tendremos jamás resuelto del todo. En todo caso lo veremos un día en el *facie ad faciem* de la visión beatífica, en Dios. Ahí nos enteraremos vagamente de qué somos y de qué es lo que hemos tenido que hacer.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Otra cuestión que se ha apuntado aquí es la del trabajo creativo. ¿Qué es el trabajo creativo? Cuando vemos un señor que con un alambre, una botella, y un trozo de espejo... hace una televisión, nos parece fantástico y pensamos que es creativo. Creo que eso más que creativo es simplemente ingenioso. Tampoco tiene mayor interés, porque tampoco es que la televisión sea una cosa del otro mundo. ¿Qué es entonces el trabajo creativo? A mi modo de ver, lo propiamente creativo es algo mucho más sencillo, que es, al mismo tiempo, la gran novedad de la historia. No son las cosas que el hombre hace. Los hombres hacemos las mismas cosas aproximadamente desde Adán y Eva, con una singular insistencia ¿Cuál es la gran novedad de la historia? Yo. Se entiende yo o cualquier hombre. Eso es lo que no ha existido jamás. Por supuesto antes de nosotros han existido muchísimos millones de hombres y habrá, si Dios quiere, muchos más, pero nunca hemos existido nosotros. ¿Qué es entonces el trabajo creativo? Pues lo que hago yo, porque eso no lo ha hecho nadie, absolutamente nadie. Aunque se diga que son las mismas cosas, esas mismas cosas las ha hecho otra persona, pero son nuevas porque las que hago yo; o las hago yo o no las hace nadie. Entonces el aspecto central de la creatividad es la vida de cada hombre. El punto capital en todo esto está en profundizar sobre qué es el hombre y cómo se tiene que comportar el hombre. Cuando el hombre vive esa *vita bona* de la que habla san Agustín, está trabajando, por tanto, hace las cosas bien. Y sobre ese centro se añade también el interés por conocer las normas prácticas para rendir más. Por supuesto, hay que conocer cómo se maneja un ordenador, o conviene saber cómo se conduce un automóvil, pero esas preguntas tienen una importancia relativa, desde mi punto de vista.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei